

MESA TEMÁTICA

ACERCA DE INCLUIRES EXCLUYENTES

¿Dónde – o cómo- hallar la concordancia entre significados y acciones?, pregunta conducente al fenómeno de la polisemia, característico de toda enunciación lingüística, pues, incluso hasta las palabras, aparentemente de sencilla e inmediata decodificación, dan muestras de esa peculiaridad, la de no remitir, certeramente, a un solo significado, esto es, la reciprocidad entre el enunciado lingüístico y la cosa o acción a la que apunta, salvo se trate de idiolectos científicos como los empleados por la medicina, la economía u otras disciplinas, y, en este caso, siempre y cuando dicha terminología permanezca en su preciso y circunscripto ámbito, pues, de excederlo, seguramente habrá de perder la precisión que antes la caracterizara.

Los usos metafóricos, simbólicos, irónicos, sarcásticos, entre otros dones, se suman al intrínquilis lingüístico del vínculo en cuestión con lo que tiene enfrente, bien se trate de una cosa o un sentimiento, una orden o una sugerencia, una apreciación estética o un recuerdo... motivos, todos ellos, que permitirían inferir la existencia de una gradación de significados afin a las acciones y a los diversos significados entrañados por cada término o concepto relativo a su inmediato compañero posterior.

En un ejemplo cualquiera vaya por caso el verbo “salir”; dependerá la interpretación de su significado, o de los giros posibles que presente el mismo, esto es, del traslado abstracto de cómo lo define el diccionario a su consumación efectiva, de los conceptos aledaños que lo vivifiquen al colocarlo en la rueda de las posibilidades, por lo general contradictorias, resultantes de sus giros:

“Salir” *a pasear* en una mañana iluminada por el sol, refluye en un tipo de consumación distinta a “salir” *de un atolladero económico* (muy diverso, por añadidura, si se trata de individual o colectivo); “salir” *de la cárcel*, evidencia una sensación de alivio, liberación y retorno a un mundo donde la llave de la cancel se encuentra colocada *del lado interior del habitáculo* y la puede mover a su antojo el ex convicto, en nada similar a la situación anterior, *donde la llave se encontraba en el reverso de la puerta* y la hacía girar el guardia únicamente para los programados recreos; en cambio, “salir” *de un crucero* luego de un ameno viaje por las islas caribeñas o del Mediterráneo, preanuncia, en la conciencia del feliz viajero, el retorno al mismo espacio, disfrutado por quien hasta ayer hollara el presidio, mas, en su caso, donde lo aguarda agitando la presencia de las obligaciones laborales y el aburrimiento de los días posteriores, lesivos por lo cotidianos.

La idea que subsiste de “ciudadanía” en el mundo contemporáneo, herencia, en su significado y correlato social inmediato, fundamentalmente a partir de las revoluciones habidas desde el siglo XVIII -aunque su origen se remonte a tiempos anteriores- ha de ver con la apreciación inicial, por las reacciones intelectuales y emotivas que provoca, sobre todo al evadir su conceptualización abstracta y ubicar (la “idea”) en alguno de los múltiples espacios políticos actuales, a saber, en los paupérrimos países subsaharianos, en las contrapuestas y adineradas monarquías musulmanas, o, bajo el imperio de la

misma religión, en las comarcas, donde, si bien prevalece un sistema democrático, la discriminación de la mujer resalta por igual; sin movernos de dicha geografía cultural, en los sitios sojuzgados aun por el colonialismo a ultranza, como Palestina, en los territorios asiáticos dominados todavía por el comunismo, en Europa, América y Australia, donde el imperio de los sistemas electoralistas vuelve factible una práctica democrática mayor.

En la totalidad de estos sitios el habitante experimenta el concepto de “ciudadanía” de muy distinta manera, prescindiendo, en los primeros, de la extensión que posee en los países occidentales que lo acuñaran, codiciando una práctica ignota para ellos, o, despreciándola como propia de una matriz degenerada por alejarse, aún bajo el sagrado resguardo racional, de esa otra sacralidad, la propia de la tradición, única fuente de práctica y verdad para la mentalidad conservadora de sus líderes, tribales o estatales.

¿A quiénes, de entre los integrantes de la sociedad, incorporan los gobiernos que dicen respetar y llevar adelante la idea de “ciudadanía” (aceptando las probables divergencias significativas del concepto)? La respuesta deberá, forzosamente, remitirse a múltiples localizaciones (geográficas, culturales, económicas, religiosas) con el fin de evitar una respuesta apresurada con ilusas pretensiones de universalidad. Motivo por el cual permanece extendida bajo la misma formalidad de la pregunta: ¿a los extranjeros que burlan sus fronteras atravesando el mar en tímidas barcazas? ¿a los habitantes de las favelas incrustadas en los morros? ¿a los estigmatizados por las diversas lepras que corroen los cuerpos?

Los diversos Estados nacionales (modernos, un pedido semejante hubiera caído en el ridículo en tiempos anteriores), y, como la práctica parece confirmar a diario, por lo general se mostraron remisos en reconocer que se debían a sus habitantes y no al revés, porque, si bien han desaparecido las justificaciones *teóricas* de aberraciones como la esclavitud o la discriminación racial, un recorrido por la amplitud territorial del planeta testimonia sus modificaciones contemporáneas: la ignorancia, las humillaciones debidas a la pobreza extrema, el hambre, los impuestos desmedidos, la desocupación, la emigración forzada, la trata de personas, el tráfico de órganos, son fenómenos que hablan no tanto de la *inoperancia* de los Estados sino de la *indiferencia* ante el sufrimiento de estas oleadas humanas con sus denigraciones a cuestas, que, sin embargo, la mayor parte de las veces, poseen documentación que los acredita precisamente como *ciudadanos* de tal o cual Estado, y obligados, por lo tanto, a pesar de sus miserias, a cumplimentar cuanto les sea exigido por el mismo.

Porque si bien no se encuentra en el espíritu de las leyes esgrimidas por los Estados, o, de los derechos y deberes de sus habitantes, blasonados por la mayor parte de las constituciones nacionales, el establecimiento de diferencias que estropearían los ideales “democráticos” de casi todas ellas, la visión panorámica anterior denuncia la existencia de, al menos, dos clases de ciudadanía en los portadores de la documentación que así los acrediten como *ciudadanos*: de primera y de segunda clase, (y reitero, *al menos dos clases*), división que la mayor parte de los funcionarios y teóricos adscriptos a esta ideología jurídica negaría aceptar, porque las evidencias de la realidad social no suelen mellar sus férreas convicciones teóricas que los capacitan para invisibilizarlas.

El respeto por el otro es una de las más grandes conquistas, espiritual primero y práctica después, obtenida por la historia de la humanidad, pero carece de valor si, el

otro respetado no devuelve, en una equivalencia absoluta, el respeto que *ese otro anterior*, muestra y ejercita hacia él. Sin reciprocidad la correspondencia resta como una formalidad vacía, una falacia sórdida e hipócrita similar a la de *mano abierta u oídos atentos*, para dar, en el primer caso, siempre y cuando la mano restante *reciba en proporción a lo que dio*, para escuchar, en el segundo, a la vez que el oído del sujeto que se encuentra enfrente, acepte una equivalencia, *pormenorizada y medida, de las palabras que su boca emitió con la expresa voluntad de ser oído*; únicas alternativas viables para forzar al timo a desnudarse. El “diálogo de las culturas” que, en algunas décadas del siglo precedente, fuera estipulado como un logro para la comprensión entre los pueblos, fracasó al configurarse al estilo de un movimiento donde las culturas más prestigiosas y de alto poderío económico trataran a las restantes con suficiencia y soberbia, al encuadrarlas bajo su esquematismo teórico y no admitir el traspaso, obligada y *éticamente simultáneo*, de una actitud *absolutamente* igualitaria como devolución de las demás culturas, *sotto voce* consideradas inferiores.

El mayor problema que presenta la inclusión responde por la pregunta *¿desde dónde?* y se completiza con el *hasta dónde*. Ambas, si trabajadas desde la idealidad, poseerán un valor relativo, la inmediata realidad se convertirá en el mentís o la corroboración de la propuesta realizada a partir de las voluntades compelidas al ordenamiento del mundo social. *Desde dónde* implica la tarima que ubica a los promotores de la inclusión, ellos serán los encargados de limitar o extender la posibilidad de los integrantes, ubicados en un estrato inferior, de trasladarse por los diversos estadios expuestos por algún momento socio-histórico determinado, un párrafo anterior que interroga acerca de quiénes serán los incorporados a la corriente de dicho momento socio-histórico contesta esta primera parte. El *hasta dónde*, en cambio, habla de la capacidad de esas voluntades, “compelidas al ordenamiento del mundo social”, para volver efectivas las decisiones tomadas bajo los resguardos académicos o institucionales que las gestaran.

Incluir o no incluir al ciudadano (¿y a qué lides de ese momento socio-histórico determinado?), se transforma en otro binomio más comprometedor aún (al menos para las organizaciones u organismos, ideologías perimidas o actuantes que figuran pretenderlo): ¿incluir respetando todas y cada una de sus peculiaridades? o, si pretenden el alcance de tal finalidad a rajatabla, ¿requerir el abandono de algunas de ellas, condición indispensable para acceder a los beneficios derivados de esa inclusión, atravesada por la paradójica coyuntura de ser, sin embargo, *excluyente*?

Incluir, entonces, ¿por qué? ¿tal vez logrando, de esta manera desfigurar, disfrazar, ocultar, exclusiones anteriores? o, ¿para qué? ¿acaso con la finalidad de que, así acrecentado el número de pobladores, reciban más impuestos las menguadas arcas del Estado? ¿se acrecienten las filas de soldados para futuras operaciones bélicas? ¿se alcance el número óptimo de trabajadores en zonas insalubres?

La inclusión, observada desde una perspectiva levemente crítica, además de restañar, con medidas aparentes, viejos atropellos a la dignidad humana, se revelaría como una medida compulsiva de no atenerse a la exigencia moral de aquellos a quienes entiende incluir. No digo “a las exigencias morales de aquellos a quienes entiende incluir” acentuando la voluntad de los *incluidos* porque, la generalidad de las veces, suele tratarse de seres, tan golpeados por la desdicha, que han perdido la capacidad de percibirse como sujetos plenamente humanos y merecedores de todas y cada una de las garantías disfrutadas por el entorno social que los rodea, por ello mismo aceptan la

inclusión como si se tratara de un maná, imposibilitados de leer la letra chica del documento que firman. Presumo, retornando a la frase original no entrecomillada, que la propuesta de una auténtica inclusión *debería* partir de esta base, asumiendo, ella, esa falencia debida a la minusvalía, material-espiritual, de los seres a los que extiende su mano, *que suele estrechar con demasiada fuerza la mayor parte de las veces*, no dándole al otro, la posibilidad de responder con la misma firmeza y certidumbre, para completar la metáfora que destacaba la reciprocidad de este fenómeno.

Los Estados modernos, donde la ciudadanía es recordada y enaltecida sobre todo en los períodos eleccionarios, se valen de incontables procedimientos para retenerla, publicitarios entre los más destacados. Los Estados *disponen* de la ciudadanía para llevar adelante sus planes, pensar lo contrario lleva a la caída en el terreno ficcional. Generalmente lo hacen expresando que *acuden* a la misma para cualquier finalidad, la ilusionan con hacerla sentir protagonista de las decisiones que, en el fondo, le son completamente ajenas. De allí que la compulsión admita distintos rostros cordiales si busca el beneplácito ciudadano: renovados impuestos, retracción en los salarios, peligros latentes dentro de las propias fronteras o externos ... habrán de convertirse en el precio a abonar luego de la inclusión a, por los menos, algunos de los medios ofrecidos por el Estado mediante sus instituciones: económico, social, cultural o religioso, inclusiones parciales la mayor parte de las veces.

Conocemos una sola y única instancia coactiva a la que nunca accedería ninguna institución, ningún Estado, ningún estamento social, aunque se arrogaran un desprendimiento solamente concebible en el imperio de las ideas abstractas e irreductibles a cualquier aseidad, *la que obligue a sus miembros ciudadanos a ser libres*, sería una manifiesta contradicción de cabo a rabo. La libertad nunca fue un don, ni de la naturaleza, ni de sociedad alguna, la deben ganar sus integrantes, obtención al alcance no precisamente de la mayoría; son libertades aparentes, a lo sumo, parciales, de índole económico-material o espiritual, no una libertad propia, absoluta, que atravesase al individuo desde el fundamento de su propia vida y únicamente sea con ella.

Las sociedades, los Estados, las diversas instituciones, se distinguen no tanto por el respeto al uso de las libertades que conceden a sus miembros, incluidos o no, sino por el límite que tienden para *soportarlas*. En los regímenes de terror se ha roto por completo, en las restantes, fluctúa de acuerdo al arbitrio de sus máximos representantes o de los vaivenes de la propia historia, pero nunca se aleja demasiado del borde, por las dudas a los ciudadanos se les ocurra recapacitar con demasiada autonomía.

Comentario

Si bien la tónica de cualquier presente siempre lo dirime el tiempo subsiguiente, el diverso futuro que lo continúa, tal futuro, sin embargo, dependerá de los diversos pasados que lo condicionaran. Simplificando, aunque los acontecimientos mundiales ocurridos durante el siglo XIX supieron interpretar, *pero no modificar*, los hechos del siglo precedente, éstos *sí fueron los causantes de los fenómenos cuyos protagonistas, luego, procedieron a cuestionar, o aceptar*, durante las épocas décimo-nónicas. Lo mismo cabría afirmar respecto al siglo XXI y sus antecedentes.

Para que estas cosas sucedan resulta necesario algún tipo de conexión entre los tiempos, la cual varía de un mínimo a un máximo, no sólo por los hechos sino por las comunicaciones tendidas entre ellos y el despliegue tecnológico utilizado con el fin de alcanzarlo. En ese sentido, no todos los tiempos disponen de la misma importancia decisiva sobre el futuro, dejándoles un margen de acción más independiente respecto a su pasado, habilitación de la cual, evidentemente, *no dispondrá el futuro inmediato a nuestro presente*, llevándonos, esta constancia, a distinguir entre *presentes de mayor o menor fortaleza*, propios, los segundos, de un conjunto de episodios desvaídos que no les permiten trascender -cultural, económica, política, técnica o religiosamente- a los tiempos inmediatamente posteriores, como *sí* viene sucediendo, y acelerándose, a partir, sobre todo, de los tiempos modernos hasta la actualidad.

El futuro no es hoy, como pretendieran algunos fantasiosos movimientos culturales de antaño, sino sucesivo, lo que cambia, empero, es la rapidez con la cual se alcanza el mañana, haciéndonos caer en la ilusión de su presente hoy. Un fenómeno de apreciación psicológica, entre nosotros reina un presente de una fuerza inigualable a la de los presentes anteriores, y, en cuanto tal, se encuentra predeterminando los pasos de la humanidad futura, y, en ese estricto sentido, el futuro es hoy, no porque se haya retrotraído al presente sino porque el presente se elonga, se apropia de él, *pues, cuanto hoy ocurra, se repetirá o acentuará mañana*.

Lejana se encuentra la intención de otorgarle a estas frases una tonalidad profética, las profecías, de cualquier índole, sortean la transcendencia temporal y advierten, a partir de signos inteligibles sólo por algunos elegidos, acerca de acontecimientos variadamente lejanos. En cambio, estas afirmaciones se basan en datos harto elocuentes, y, su lectura obra exactamente por el lado opuesto, en este caso únicamente los necios se encuentran capacitados para ignorar la presencia de estos signos: los conflictos civiles provocados por el narcotráfico con su secuela de muertes, prostitución, secuestros y corruptela policíaca e institucional ya internacionalizados, tensiones por el desarrollo del potencial nuclear asiático, un mundo preocupado por la energía dependiente de los yacimientos fósiles, que, sin embargo, se siguen descubriendo, y, a la par alimentando un industrialismo despreocupado, entonces, por la utilización de fuentes alternativas, o, por el contrario recurriendo a los biocombustibles extraídos de las plantas privándolas, así, de su función alimenticia, irrecuperable disminución de las reservas de agua dulce, crecimiento desmesurado de la población asiática y subsahariana y un paralelo envejecimiento de la población europea así como de las clases medias de América y Australia entre los más álgidos, en un planeta que va agotando, exponencialmente, (de allí su apropiación del futuro), sus posibilidades de sostén a la última especie biológica que lo hollara.

Y un problema acuciante: el aumento de la pobreza y la indigencia hasta alcanzar guarismos que se enlazan con la migración ilegal y la desesperación de núcleos forzados a sobrevivir en sitios insalubres como basurales, orillas pantanosas de ríos polucionados, irrumpir en reservas naturales a las que deterioran, conventillos; soportando vejaciones administrativas, recuerdos políticos en los períodos eleccionarios o enfermedades endémicas debidas a sus asentamientos como el mal de Chagas. Mas, por encima de todas las falencias, un perjuicio que ataca la dignidad de estas poblaciones, el sostenido decrecimiento de sus capacidades mentales, debidas no tanto a la falta de educación sino a la manera como se la imparte, en los planes donde el facilismo reemplaza el rigor intelectual, apreciado como única alternativa viable ante el arrollador avance de unas tecnologías indiferentes al crecimiento espiritual del hombre.

Espíritu-espiritualidad, pensamiento crítico, autonomía conceptual, rodeos y pasos imprescindibles para el alcance de la libertad. Ninguno de estos fundamentos del ser resplandece en los programas educativos alternos, bastardeados por didácticas empecinadas en la nivelación cerebral de estos educandos, paupérrimos no solamente por la falta de ingesta proteínica, reproduciéndose al compás de ritmos embrutecedores y ocupando cada vez mayor espacialidad en las ciudades donde, paulatinamente, abandonan su papel minoritario rindiendo testimonio no sólo de un aumento poblacional biológico aunque, sí, de pautas mentales diferenciativas del resto de la población -a escala mundial-, distanciada de esta tensión entre salvos y réprobos (no debida a sus propios “pecados”, sino, la mayor parte de las veces, a la necedad, indiferencia o utilización de sus carencias con fines económicos por el sector opuesto).

Las distancias tendidas entre los hombres desde el albor de la especie no ha disminuido ahora, tampoco acrecentado, cambia, simplemente, la fisonomía, se adecua a las transformaciones históricas. También las transas comerciales experimentan modificaciones: las baratijas ofrecidas a los aborígenes como trueque a sus propios bienes o labores hasta el agotamiento cobra, ahora, la forma de celulares, computadoras minúsculas, o televisores con pantalla de plasma, dádivas que ni siquiera invisibilizan a los excluidos fingiendo una adopción de su menesterosidad, empero resaltando las prerrogativas de una sociedad que los rechaza, entretanto les permite subsistir en sus dominios, a los que acceden exterior y aparentemente gracias a las cuentas de color tecnológicas que les atestiguan lo contrario.

De allí, también, la necesidad de las estadísticas para demostrar la bondad de los planes gubernamentales o de las múltiples organizaciones internacionales que medran con la inclusión, ficticia, de estos ciudadanos de categorías perdidas que, de ninguna manera atenúa la presencia de los excluidos, sencillamente fomenta su perduración.

Pero no hay que temer sorpresas imprevistas o indeseables concientizaciones de la gente, la humanidad no se destruye nunca, siempre ha sobrevivido a cuantas emboscadas se tendiera a sí misma.

Carlos Enrique Berbeglia
Abril del año 2012.

